



Una conversación con el escritor y periodista Renato Cisneros en la que, desde Madrid, el autor reflexiona sobre lo mucho que le viene favoreciendo la distancia en su ejercicio literario, además de explorar cómo hizo de su padre, el 'Gaucho' Cisneros, un personaje desde los retazos de su pasado y cómo la novela "se aventura en los abismos de la relación entre un hijo y un padre". También habla sobre sus referentes literarios, entre ellos Auster, (fundamental para *La distancia que nos separa*), y cuál es su principal motivación al momento de escribir: su obsesión por la complejidad humana. Recuerda, además, los meses que estuvo en el taller de poesía de la Universidad de Lima, donde conoció a José Carlos Yrigoyen y Diego Otero, y llegó a vencer el pudor de leer sus poemas frente a los demás.

¿Ahora que te encuentras por España solo te dedicas a la literatura?, ¿cuál es tu ritmo de trabajo? ¿Te ha favorecido vivir en otro país; es decir, escribir a la distancia?

Me dedico a mi próxima novela todas las mañanas, desde las siete hasta el mediodía. Alterno escritura, pulimiento e investigación. Otros placeres complementarios son la lectura, la natación, el cine, el teatro, la vida madrileña. No me he desentendido del periodismo pues mantengo mis dos columnas semanales en *La República* y envío material como corresponsal para RPP: despachos, entrevistas. A diferencia de cuando vivía en Lima, hoy puedo decir que la literatura es mi ocupación central y el periodismo es un trabajo subalterno. En cuanto a la distancia, siento que me ha favorecido mucho, me siento metido en el pellejo de alguien que sabe íntimamente que tiene muchas cosas por decir. Ojalá mis próximos libros confirmen esa corazonada.

He notado que gran parte de los escritores peruanos más reconocidos actualmente viven fuera del país. ¿Crees que persiguen la internacionalización de su obra, algo muy difícil de conseguir solo limitándose a publicar aquí? Y en tu caso, ¿buscas lo mismo en España?

Puedo hablar únicamente por mí. Aunque conozco y alterno con varios escritores peruanos que viven aquí en España, no me atrevería a indagar en sus motivaciones de fondo. Yo, lo he dicho antes, vine aquí porque mi novia me lo propuso. Ella encontró la posibilidad de hacer una residencia médica y, cuando me consultó si yo la acompañaría, le dije que sí con los ojos cerrados. Era la oportunidad perfecta para arriesgarme. Así que renuncié a las cosas que me ataban a Lima y vine dispuesto a

escribir y a dejar asombrarme por una ciudad que solo conocía como turista. Hasta el momento estar aquí me ha servido, además de para concentrarme en mi trabajo creativo, para entrar en contacto con escritores españoles y de otras nacionalidades, asistir a presentaciones, entender mejor la dinámica de las grandes editoriales. Nada más. Si mi novela *La distancia que nos separa* se publica el próximo año fuera del Perú, es por una apuesta de la editorial Planeta que no guarda relación con mi lugar de residencia. Todavía es temprano para precisar la influencia de España en mi trabajo a nivel creativo y editorial.

Ser un periodista conocido ha ayudado mucho a la difusión de tu obra. ¿Cómo tomaste el éxito de *La distancia que nos separa*?

El tener un espacio en los medios quizá puede ayudar al momento del lanzamiento, pero luego no. En una segunda etapa, los libros se sostienen por los comentarios de críticos y las opiniones de lectores anónimos. En ambos círculos, mi novela ha tenido, creo, una acogida positiva, hecho que tomo con emoción y gratitud. A mí me costó muchísimo escribir ese libro y más decidir publicarlo. Y aunque es muy autorreferencial, creo que los lectores han valorado en la narración la exploración que hace el hijo del pasado de su padre muerto. Creo que en ese punto, muchos lectores han sentido una fuerte identificación con la novela, quizá porque ellos también tienen muchas preguntas respecto de sus padres o necesidades que no sabían que traían dentro.

Leí en una entrevista que te hicieron en un número previo de *Un Vicio Absurdo* que, en aquel entonces, comentabas que la novela que siempre quisiste escribir fue esta, acerca de tu padre. ¿Por qué escribiste antes que

esta las dos novelas anteriores y qué aporte representaron en tu trayectoria literaria?

Yo sabía que tenía que escribir esta novela pero no sabía cómo ni cuándo. No tenía la madurez, ni la voz, ni el lenguaje, ni el valor para hacerlo. *Nunca confíes en mí* (2010) y *Raro* (2012) fueron, en ese sentido, novelas de juventud y transición; fueron las novelas que debí escribir para poder escribir luego *La distancia que nos separa* (2015). Ambas, aunque pasaron prácticamente desapercibidas para la crítica, tuvieron lectores y agotaron su tiraje inicial, lo cual no es un indicador fiable de prestigio literario pero me sirvió para establecer un vínculo, para saber que alguien me leía, y eso es sumamente estimulante para alguien que escribe a solas y sueña que otras personas se interesen por eso que tú primero te cuentas a ti. A esas novelas les debo lectores. Cómo podría renegar de ellas. Yo pienso que hay novelas que son escalones o peldaños y hay otras que son estancias o habitaciones. Esas dos primeras fueron pequeños peldaños. Yo las sentí así. Esta última es una novela-estancia: ofrece un mundo más complejo, puede leerse como una novela de autoficción lo mismo que como una crónica política o una memoria.

¿Qué opinas de esas dos novelas previas ahora, con el cambio de perspectiva y quizá mayor objetividad que otorga el tiempo?

Son dos novelas ligeras, que tal vez anunciaban una urgencia por contar. Las novelas son quien uno es mientras las escribe. En esos años (2011, 2012) yo no me tomaba tan en serio la escritura. Escribía solo los fines de semana, me dedicaba mucho más al periodismo. Quería ser escritor pero no me atrevía a serlo. Bueno, esas novelas son hijas de ese temperamento.

Has logrado algo que pocos escritores han conseguido: que el público general, no necesariamente lector asiduo, conecte con la novela. ¿Cuál es tu opinión respecto a esto?, ¿crees que ahora se lee menos o solo se consume más literatura *light* y por eso se desconoce a la mayoría de los escritores actuales?

No creo que se lea menos. Se lee más, solo que peor. Sin embargo, creo que hay lectores para todos. El siglo XXI es el siglo de los nichos. Hoy en el Perú se escriben, se editan, se publican y circulan novelas realistas, novelas fantásticas, cuentos,

microcuentos, ensayos, cómics, crónicas. Esa dispersión de géneros solo puede ser posible si hay un mercado numeroso o no que lo demanda. Ahora, es verdad que la literatura es todavía un quehacer de minorías. No tenemos la cantidad de autores ni de lectores que hay en Chile o Colombia, ni qué decir Argentina. Sin embargo, soy optimista. Veo más publicaciones literarias, veo más librerías y espero que eso contribuya a mejorar la calidad de lo que se publica y a afinar el gusto de los lectores.

Respecto a tu novela. ¿Qué tan difícil fue el proceso de escritura? A lo largo de mi lectura no podía evitar pensar lo doloroso que debe de haber sido para ti escribir el libro.

Fue doloroso, claro. Fue un desahogo brutal. Pero traté de nunca perder la perspectiva de que era una novela, es decir, de que era una versión subjetiva y literaria de la historia de mi padre. Por eso en la dedicatoria les digo a mis hermanos eso: “que tuvieron un padre que se llamaba como el mío”. Me pasó algo que nunca me había ocurrido y que espero que me ocurra siempre: la novela no me dejaba tranquilo. Podía estar haciendo algo tan trivial como comprar en el supermercado y de pronto surgía una idea, un matiz, una palabra o una escena que se presentaba como imprescindible. El libro se apoderó de mí. Mi padre –o el recuerdo de mi padre– se apoderó de mí.

¿Resultó complicado darle voz a tu padre? En la novela manifiestas que en la relación que tuvieron siempre estuvo presente esta ‘distancia’, ¿este libro ha servido para acortarla? ¿De qué forma y de qué manera ha reformulado la relación con la figura de tu padre?

No estoy muy seguro. Solo sé que ahora cada vez que pienso en el ‘Gaucha’ Cisneros pienso ya no solo en el hombre con el que viví dieciocho años, sino también, o fundamentalmente, en el personaje que construí con retazos de su pasado. Me siento más cerca, mucho más, del hombre que él fue mientras yo no existía en el mundo que del hombre en el que se convirtió cuando le tocó ser mi padre. No podría explicarlo con claridad pero lo que amo de mi padre es algo que no me tocó conocer, o que conocí tarde.

Es clara la influencia de *La invención de la soledad*, de Auster, en tu libro; incluso mencionas algún pasaje en un momento.

Cuéntanos acerca de la importancia de ese referente y cuáles otros tomaste en cuenta al momento de escribir tu libro.

Muchísimos. Cuando leí esa novela sentí que me hablaba directamente. Lo que algunos sienten con las vírgenes o los santos o los muertos, yo lo sentí con Auster. Sentí que el narrador de ese libro me hablaba y me dictaba una tarea. De ahí en adelante, además de leerme todas sus novelas, fui decantando mis lecturas y traté de consumir toda la 'literatura del padre' que pudiera, además de películas sobre el padre. Tengo una caja llena de esas novelas. Desde Kafka y Rulfo hasta Knausgard y Patricio Pron, pasando por Fernando Marías o Naipaul.

¿Cómo reaccionó tu familia al leer el libro? Es cierto que un escritor casi nunca pide permiso al escribir sobre algo ajeno, pero cuando se habla de alguien cercano...

Algunos bien, otros mal. Yo espero que algún día los parientes que se han resentido, enojado o indignado comprendan el verdadero trasfondo de mi libro. El apoyo de mi madre fue crucial. Al principio ella se negó tajantemente pero logró entender cuán importante era para mí contar las cosas de esa manera. Si la novela ha tenido algún tipo de repercusión, no es por las 'confesiones familiares' que destapa, sino porque se aventura en los abismos de la relación entre un hijo y un padre.

Pocas veces he sentido tanta empatía por un libro de tu generación. Mi parte favorita fue cuando narras la relación entre tu padre y el amor de su vida, la novia que dejó en Argentina. Es uno de los momentos en que más reluce el lado humano del 'Gaucho' Cisneros. ¿Crees que uno de tus fuertes como narrador son las relaciones?

A mí me obsesiona la complejidad humana. Somos seres tan simples y predecibles y rutinarios pero a la vez estamos guiados por tormentos, miedos, neurosis muchas veces insondables. La belleza y la monstruosidad pueden convivir en un mismo sujeto sin negarse la una a la otra. Un militar represor puede esconder en su uniforme a un novio frustrado. Creo que la mejor literatura es aquella que consigue elaborar personajes poliédricos, de sentimientos muchas veces incoherentes, y nos hace amarlos y odiarlos con igual intensidad.

Es curioso que se hayan publicado casi en

paralelo tres libros de autoficción que hablen sobre la figura del padre. Me refiero a tu novela, *Nuevos juguetes de la Guerra Fría*, de Juan Manuel Robles, y *Pequeña novela con cenizas*, de José Carlos Yrigoyen. A estas podríamos añadirle *Austin, Texas 1979* de Francisco Ángeles, del año pasado. ¿Se podría hablar de un nuevo surgimiento de la autoficción en la narrativa peruana como sucedió hace unos años con la metaficción?, ¿por qué crees que hayan coincidido estos tres o cuatros libros con la figura del padre como eje central o importante?

Mi explicación a esa coincidencia no es literaria, porque el padre siempre ha estado presente en la literatura peruana, quizá no de manera tan evidente o sincrónica, pero ha estado en Vallejo, Bryce, Ribeyro y Vargas Llosa, por mencionar solo a algunos de los más conocidos. Creo que nuestros libros son exploraciones individuales sobre la figura del padre que dan pie a una pregunta coral sobre el ejercicio del poder en el Perú. En tanto la figura patriarcal puede ser una metáfora del poder, creo que nuestras preocupaciones van más allá del padre y de la literatura y parecerían responder a una orfandad más genérica, que yo la asocio con el hecho de ser hijos de una generación desencantada con la forma en que se ha ejercido el liderazgo político en las últimas décadas.

Creo que tu libro y el de Robles marcan un antes y un después en esta nueva narrativa. Son los libros más ambiciosos y entrañables de tu generación. Es cierto que hay buenos escritores, buenos libros. Pero otros países nos llevan la delantera por mucho. ¿Cómo ves la narrativa peruana respecto a lo que se escribe en otros países de Latinoamérica?

Es un momento muy interesante. Veo autores que producen con continuidad, veo autores cuyas obras son premiadas internacionalmente, veo autores que establecen redes con escritores de otros países y difunden lo que hacen, veo foros de discusión y, desde luego, también veo envidias, argollas y resentimientos. Quizá el problema radique en que hablamos más de los autores y menos de sus libros; tal vez eso se deba a que hay un déficit de libros que generen interés y debate. Hay escritores sobresalientes pero pocos libros que impacten y conmuevan.

¿Qué escritores crees que se deben tomar

en cuenta para entender el panorama literario hispanoamericano y peruano actual?

Odio las listas y los panoramas. Siempre se quedan nombres que uno quisiera haber citado. Desde hace un tiempo me interesan los mismos, sigo a los mismos, no pienso mucho en sus nacionalidades, sino únicamente en lo que escriben. Pienso en Mario Bellatín, Andrés Newman, Fabián Casas, Alejandro Zambra, Juan Gabriel Vásquez. He descubierto recién a dos argentinos Luciano Lamberti y Ariana Harwicz. En Perú creo que pocos tienen el oficio y la prosa de Fernando Iwasaki. Y me parece que autores como Augusto Higa u Óscar Colchado deberían conocerse mucho más.

Hablemos de tus influencias en la narrativa. ¿Leer literatura de autoficción jugó un rol importante en tu novela? Si es así, menciónanos algunos libros y autores fundamentales para adentrarnos en ello.

Con ficción o autoficción, fueron claves Kafka (*Carta al Padre y Padres e Hijos*), Auster (*La invención de la soledad*), Marcos Giralt Torrente (*Tiempo de vida*), Hanif Kureishi (*Mi oído en su corazón*), Héctor Abad (*El olvido que seremos*), Tobías Wolff (*Vida de este chico*), Martin Amis (*Experiencia*), Phillip Roth (*Patrimonio*), Joseph Roth (*Zipper y el padre*), J.R. Ackerley (*Mi padre y yo*), Naipaul (*Cartas entre un padre y un hijo*), Knausgard (*La muerte del padre*) y Patricio Pron (*El espíritu de mis padres aún llega con la lluvia*). Son todos los que recuerdo ahora mismo.

He leído tu primer poemario y me gustó. Sé que luego escribiste otros dos. Hasta antes de leer *La distancia que nos separa* te veía más como poeta que narrador. ¿A qué se debe ese alejamiento de la poesía?

Creo que el ingresar al periodismo, el tramitar con la prosa de las notas informativas, el dedicarme por años, durante un infame número de horas, a elaborar esas notas operó un cambio en mi forma de escribir. Empecé a leer más narrativa y de pronto, sin que yo verdaderamente lo decidiera, sentí que quería narrar, que la poesía ya no estaba en mí. No sé si vuelva a escribir poesía pero sí me gustaría reeditar mi último poemario, *Nuevos poemas italianos* (2007). Creo que, de los tres, es el mejor poemario que escribí. Lo que sí busco es que en la prosa haya poesía, haya algo de esa musicalidad que aprendí a identificar solo leyendo y escribiendo poesía.

Me dijeron que también perteneciste al Taller de Narrativa de la Universidad de Lima. ¿Recuerdas a algún escritor o poeta que participó mientras estabas en él?, ¿qué tan importante te pareció aquella experiencia y qué sacaste de ella?

Estuve en el taller de poesía de Renato Sandoval. Allí conocí a José Carlos Yrigoyen y Diego Otero. En su momento fue muy importante, era un oasis en medio del estilo de vida de la Facultad de Comunicación, tan ajeno a los intereses literarios. Estuve pocos meses pero los disfruté y llegué a vencer el pudor de leer mis poemas frente al resto.

Para terminar. ¿Estás preparando actualmente alguna novela?, ¿se relacionará con la última o tendrá una temática diferente?

Estoy preparando una novela sobre el origen de mi familia y el origen secreto de mi apellido. Tres historias de amor muy convulsas en momentos muy puntuales de la historia republicana del Perú. Podría decirse que es un ambicioso melodrama histórico. Ese es mi nuevo proyecto.